

Prólogo

Pasado y presente

Horacio González*

No debe retirar su extrañeza el lector que consulte las páginas de este libro, que se dio a la imprenta en febrero de 1973. Es que una verdadera dificultad de la lectura es hacerse cargo de su enraizamiento en la historia. Cuando este libro concluye, todavía no se habían realizado las elecciones que llevarían a Cámpora, por un tiempo fugaz y trágico, a la presidencia nacional. Ni había vuelto definitivamente Perón, ni habían ocurrido toda la serie de acontecimientos de los que ya estamos al corriente, y que le han puesto su conocido sello de angustia a la historia argentina contemporánea. Como leerlo entonces? Como una pieza que en su pureza viene de un pasado donde lo peor aún no ha ocurrido? Como un testimonio o un diario inteligente que lleva una persona atenta a las peripecias de un momento temporalmente encapsulado? Como una crónica aguda a la que comprensiblemente le falta la porción de conclusiones que por fuerza él no podra conocer? Como un ensayo nostálgico al que le otorgamos solo su vigencia por los hechos que ha visto, siendo indulgentes con el tramo más candente que no ha podido ver y nosotros ahora sí sabemos? Ningún lector le atribuye a un libro la responsabilidad de no haber incluido sucesos posteriores a su publicación. Un libro es un objeto de plena pero rara historicidad. *Facundo* es de 1845 pero al no haber visto la cada de Rosas, no suele importarnos tanto esa ausencia como la fuerza que contiene apuntando a ese hecho ausente en sus páginas pero al final, consumado en la historia. El lector retrospectivo, siente entonces el hecho como que ya hubiese estado insinuado, bosquejado entre las sombras invisibles de las páginas visibles.

* Sociólogo, Doctor en Ciencias Sociales (Universidad de San Pablo, Brasil), docente universitario desde 1968 (época en que integr las Cedras Nacionales), titular en Sociología de UBA, y catedrático en las universidades nacionales de Rosario y de La Plata, entre otras. Desde 2005 se desempeña como director de la Biblioteca Nacional. Entre sus obras mencionaremos *La tica picaresca* (1992), *El filósofo cesante* (1995), *Arlt: política y locura* (1996), *La nación subrepticia: lo monstruoso y lo maldito en la cultura argentina* (con Eduardo Rinesi y Facundo Martínez, 1998), *Restos pampeanos. Ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX* (1999), *Retórica y locura. Para una teoría de la cultura argentina* (2003), *Kirchnerismo, una controversia cultural* (2011), *Genealogías. Violencia y trabajo en la historia argentina* (2011), *Lengua del ultraje. De la generación del 37 a David Viñas* (2012).

Conrado Eggers Lan no vio Ezeiza y los episodios controvertidos y oscuros que dieron por resultado la caída del tercer gobierno peronista. Pero se hace evidente que el libro adquiere su potencia testimonial, también y precisamente, por lo que ha quedado fuera del tintero. Usamos aquí esta gráfica expresión antigua, que de alguna manera significa que siempre hay un cierre, que todo lo que hacemos tendrá inevitablemente una posteridad que acontecerá como si dijéramos, “fuera de horario”. Después, es imposible para nuestro alcance. La fuerza de *Peronismo y liberación nacional* está tanto en el lenguaje que lo sostiene como en el lenguaje que, en su ausencia, prefigura. Leerlo por primera vez ahora, es como leerlo dos veces. Como sin haberlo leído entonces, lo supiéramos, lo palpáramos.

Conocedor eximio de los escritos de Platón, especialista en el mundo griego, Eggers se lanzaba a reconstruir los acontecimientos argentinos ocurridos tan lejanamente a aquellos milenios que especialmente le interesaban, como si examinara las doctrinas de la caverna platónica, advirtiendo que estaba ante sombras que proyectaban su forma contra la pared aunque fuesen, no sin un tilde enigmático, perfectamente escrutables en el sentimiento histórico. Percibimos que era un agudo pensador de la mínima moralía de la historia, dando a las cosas el nombre de época sin el cual serían irreconocibles entonces, aunque hoy muchos de esos nombres se nos pierden en la penumbra de la memoria. Vastísima crónica de época, con semillas ingentes esparcidas de filosofía moral con un tenue complemento teológico, Eggers ve al cruce del río Matanza, el lluvioso día del primer regreso de Perón, como una anunciación o un peregrinaje.

Nunca se imponen estas caricias alusivas a lo religioso, pero están. A la manera de Eggers. Como alusiones mínimas pero necesarias, para que el hecho histórico no se desfigure, pero también para que libere en algo su secreto encanto colectivo. Recuerdo a Eggers, en el patio de Independencia 3065, en un suave discurso, luego de una marcha estudiantil. Ante cientos de estudiantes sentados en el suelo o acucillados, él decía... “y esta enorme oración laica”. Suave, alusivo, con la tenue religiosidad que presta el abrigo de sus metáforas, Eggers proponía la evocación sacramental de los actos colectivos sin estridencias ni catequesis.

Era un verdadero hombre cristiano y un filósofo libre. Su repaso específico de los hechos lo hace a la luz del prisma de la época: el retorno de Perón. Obviamente, le tiene gran simpatía a esa figura, pero Conrado habla con la fuerza de su autonomía intelectual. Y con una

autoridad que no era fácil poseer, ni antes ni ahora, desmenuza las diferentes versiones del socialismo, y nos trae los textos que leíamos y que no es ahora sin un roce de fuerte nostalgia –una fuerza evocativa que la da al presente el nervio de la melancolía–, que revemos el cortejo estremecedor de páginas escritas por Roberto Carri o por el entonces sacerdote del tercer mundo Rolando Concatti –entre tanto otros–, lo que finalmente va desembocando en reflexiones para nada usuales sobre los comportamientos de Perón y los signos de la época. Estos, para Eggers Lan, tienen la condición de la esperanza; severa esperanza, como voz menos proclamada que como hilo interno de todo el acontecer cotidiano.

No se equivoca al valorar los rápidos traslados de las conciencias de izquierda hacia los dominios nacional-populares. Son estrictos sus razonamientos sobre algunos grupos estudiantiles, que en esos amplios callejones de la historia, superan las necesarias cautelas, quiebran la *sophrosyne* helénica, y de una ortodoxia pasan bruscamente a la opuesta. Pero todo ocurre enlazado por una reflexión que pone los hechos en perspectiva, no rehuye tomar posición y avanza hacia los núcleos esenciales de la época –él, que había sido antiperonista, y luego profesor del Colegio Militar, según cuenta en los pocos rasgos autobiográficos que pudorosamente se dicen como al pasar–, lo que lo lleva a escribir páginas muy precisas sobre el “mito Perón” y sobre todo el ciclo que comienza en 1945. El de Eggers es un pensamiento que va al centro de las cosas, nunca centrista, como se escuchaba decir en aquellos momentos.

Vamos a decir que su pensamiento sobre la Universidad –la crítica al cientificismo, y su vástago conflictivo, la sociología, crítica amparada en los célebres trabajos de Oscar Varsavsky de la época–, tiene especial actualidad. Pero insistimos en aquella actualidad específica que posee este libro. Es actual no porque no haya palabras que no cambiaron de sentido, en el gran mar de aquellas que dejaron de pronunciarse. Es actual porque si no vemos la actualidad como un pequeño estilete de dolor que nos clava el pasado, esto es, como el propio pasado rampante cuyas espinas llegan quedamente a nosotros, no seríamos capaces de asumir el compromiso que nos propone este gran profesor de filosofía. Experimentar en nosotros mismos el peso de la angustia que puede haber sepultado muchas palabras o haberlas cambiado por otras. Leer un verdadero libro o leer de verdad, supone alguno de estos sentimientos.

Buenos Aires, noviembre de 2013